

ELOGIOS ACADEMICOS ***A la memoria del doctor Pío del Río Horteiga,
miembro honorario de la Academia Nacional de Medicina
de México**

Por el Dr. TOMAS G. PERRIN,
académico de número.

Un lapso de tres lustros ha dejado en mi corazón dos fechas que embargarán el resto de mis días con las más encontradas emociones.

En la primera, 23 de junio de 1930, se alzó mi voz, velada por el júbilo, en el Paraninfo de la Universidad Nacional de México para hacer entrega a tan alto Cuerpo, en nombre del Instituto Hispano-Mexicano, de su profesor honorario el insigne investigador don Pío del Río Horteiga. Júbilo dije, porque Pío del Río fué compañero mío de estudios primarios, preparatorios, y profesionales en Valladolid, donde despertó nuestra común pasión por la ciencia de las estructuras un venerable histólogo, discípulo de Ranvier, don Leopoldo López García, de cuyo laboratorio, licenciados ya en estudios médicos, partimos ambos a Madrid, no tanto por seguir un curso de doctorado, cuanto por alcanzar nuestro encendido anhelo de asistir al laboratorio de don Santiago Ramón Cajal.

La segunda fecha, es esta de hoy, en la que por triste y honroso mandato de la Academia Nacional de Medicina, debo enaltecer la memoria del sabio vallisoletano, miembro de honor que fué de nuestra Academia, y fallecido en Buenos Aires el día primero de junio del presente año. Vida de la más severa honestidad, sin más pasión, pese a otras nobles inclinaciones, que la investigación en los dominios de la Histología.

Nació Pío del Río en el Arrabal de Portillo, municipio de la provincia de Valladolid el día 5 de mayo de 1882, de una familia de labradores acomodados, dueños por cierto de un ruinoso castillo del siglo XV que supo del ostentoso fausto cortesano de don Juan II,

* Leído en la sesión del 3 de octubre de 1945.

el inepto Rey poeta, y de las tribulaciones del allí encarcelado condestable de Castilla don Alvaro de Luna.

Don Juan del Río, hombre enérgico, de exterior rudo, pero de nobles y bondadosos sentimientos, y doña María Hortega, dama bella y dulce, personificación de todas las prestancias y virtudes de la mujer castellana, decidieron trasladarse a Valladolid para mejor atender la educación de sus hijos, que fueron ocho: María, Felisa, Catalina y Julia, León, Pío, Julián y Gerardo.

Desde su infancia reveló Pío del Río cualidades que le caracterizaron en la edad madura: la timidez, la bondad, la independencia de juicio, la tenacidad, y sobre ellas, un claro talento y un fino sentido artístico.

Fué siempre tímido; tímido y modesto. Huía de bullicios y creía ver una broma de mal gusto en el más sencillo elogio a su talento. Afable para cuantos llegaban a él, era muy reducido, sin embargo, el número de sus amigos íntimos. En su juventud, con mi amistad fraternal, compartía el entrañable afecto de Angel López Pérez, hijo de nuestro respetable profesor de Histología, y de Andrés Torre Ruiz, filósofo y poeta, rector que fué de la Universidad de Valladolid. De su innata bondad no olvidaré nunca la viva satisfacción que sentía avituallando con la mejor ración de su almuerzo, a los que quedaban (quedábamos diría mejor) castigados sin comer, en aquel vetusto Colegio de San Bernardo cuyo director, don Leandro Villán, un imponente dómine de luengas patillas, corregía nuestros desaciertos con ayunos y con furiosos urentes correazos. La independencia de juicio de Río Hortega se señaló desde bien temprano con una rotunda repulsa para aprender de memoria cosas no comprendidas, y con una marcada tendencia al autodidactismo. Así, no contento con estudiar a fondo las estructuras histológicas señaladas en el programa oficial de la asignatura se ocupaba —sin conocimientos previos suficientes, pero con apasionado ahinco— de la de cuanto bicho caía en sus manos. En el dormitorio de su casa cerca del Campillo de San Andrés (donde Pío y yo alcanzamos a conocer el Hospital de la Resurrección immortalizado por Cervantes en el coloquio de los perros Cipion y Berganza), en esa alcoba, digo, se veían centenares de pequeños frascos llenos de alcohol guardando extrañas muestras; la lectura de los marbetes (recuerdo algunos: “molleja



Dr. Pío del Río Hortega
1882-1945

de pollo," "cabeza de hormiga," "pata posterior de saltamontes," "intestino de cochinilla de humedad") provocaba la hilaridad de los visitantes e, indefectiblemente, el mal humor de Pío. Por cierto que, original en todo, hizo que su padre le trajera de Suiza, de Zurich, un microscopio cuya marca —Zulauf— no he vuelto a ver en laboratorio alguno. Era un instrumento excelente, de montaje o armazón dorado como los entonces en boga, pero al que Pío quitó el barniz protector, tornándole de un blanco pulido como de níquel, con lo que el microscopio acentuaba su singular rareza.

La tenacidad de Horteiga, paciencia obstinada que le alcanzó tantos triunfos científicos en la madurez, alboreó en su infancia con decisiones un tanto autoritarias y siempre indeclinables, en nuestras triviales discusiones.

De su sentido artístico, dió desde joven muestra bellísima en los grandes dibujos a colores hechos para la cátedra de Zoología médica que explicaba el Dr. don Emiliano Rodríguez Risueño, y para las de Histología Normal y Anatomía Patológica del Dr. López García. Si pudiera admitirse una sutil diferencia, sin intención peyorativa, en voces que pueden tener acepción análoga, diría que era Río Horteiga más artífice que artista; sus manifestaciones eran más de tipo científico y paciente que intuitivo. La copia ampliada que hizo a lápiz por cuadriculación, de una fotografía de nuestro compañero de estudios Enrique Reoyo (después médico y escritor, uno de los autores de *El Huésped del Sevillano*) fué un prodigio de exactitud. La orla de la Licenciatura de Medicina del año de 1905, cuadro donde según costumbre de las universidades españolas aparecen las fotografías de los nuevos licenciados en unión de las de sus profesores, estuvo compuesta por Pío del Río, quien logró una reproducción bellísima de un trozo de arquería de la Alhambra de Granada. Más tarde, ese artificio —primor, ingenio, habilidad—, bajo una disciplinada dirección científica dió nacimiento a sus maravillosas técnicas histológicas, ahora en publicación global, pero en gran parte reunidas desde 1942 en un bello folleto por nuestro Clemente Villaseñor, uno de los discípulos (no osaré decir extranjero) de Río Horteiga.

Como manifestación más modesta, podía verse también una simpática expresión de su sentido artístico y habilidad manual

en el hábito de doblar y recortar el papel de envoltura de los terrones de azúcar, operación que realizaba agilísimamente con las uñas, desplegándole después y decorándole rápidamente con sobrios trazos de pluma; aquel pequeño encaje, hecho siempre en la sobremesa, si no arrebatado por un contertulio era invariablemente arrugado, reducido a minúscula pelota y arrojado despiadadamente bajo la mesa. Mi llorado amigo hubiera enrojecido de vergüenza y estallado en apóstrofes de indignación, de haber sabido que iba a ocuparme un día de estos amables pormenores.

Pero donde el lápiz y la pluma de Río Hortaera hicieron prodigios de fidelidad fué en la ilustración de sus numerosas publicaciones científicas y en el dibujo directo, sobre el cristal, de muchas de las diapositivas que utilizaba para sus conferencias.

En el espacio, necesariamente breve, de una nota necrológica, no es posible condensar la vasta labor científica de este hombre ilustre.

Iniciado en los trabajos histopatológicos dentro de la más austera disciplina científica por nuestro común venerable maestro el doctor López García, ampliados sus estudios en París con Prenant y Letulle, en Berlín con Koch y en Londres con Murray, guiado después en sus labores de investigador por un histólogo meritísimo, muerto en pleno triunfo y en plena juventud, el inolvidable Nicolás Achúcarro, y más tarde por el excelsó Cajal, foco del resurgimiento científico de España, bien pronto logró destacar Río Hortaera su recia y acusada personalidad en el Laboratorio de Histopatología Nerviosa del Instituto de Investigaciones Biológicas, en el de Histología Normal y Patológica de la Junta para Ampliación de Estudios y en el Anatomopatológico del Hospital Provincial de Madrid.

El método tano-argéntico de Achúcarro, avalorado con tres variantes para teñir estructuras protoplásmicas, armazones de reticulina y estromas colágenos, y su propio benéfico y fecundo método del carbonato argéntico con variantes múltiples aplicables a todas las estructuras tisulares, normales y patológicas y acerca del cual (como antes dije) tenía un extenso trabajo en publicación, le brindaron sorprendentes revelaciones.

Desde el año de 1909 en que publicó su primer folleto, hasta

el 1945 en que debe haber visto la luz el último, han llegado a mis manos no menos de ciento doce publicaciones suyas, todas con nuevas aportaciones histotécnicas, histológicas o histopatológicas. Y esa cifra no completa, seguramente, la copiosa literatura científica del gran histólogo castellano. Destacan entre aquéllas las referentes a la presencia de un retículo protoplásmico característico de las células cancerosas, al descubrimiento del centrosoma en los neurocitos, al de la actividad glandular de la neuroglía, al de la naturaleza glioepitelial de las células epifisarias, al de un nuevo tipo de dendrocitos en la fascia dentata, a la demostración del origen protoplásmico histiocitario de la reticulina esplénica, a la nueva y sencilla concepción histológica de la glándula pineal, al descubrimiento de nuevos tipos de neurogliocitos perivasculares, y de células específicas en los fibromas de Recklinghausen, al de la naturaleza neurológica de los supuestos neurinomas, a la rigurosa demostración, con datos embriológicos, de que los llamados méduloblastomas verdaderos, de Baily y Cushing, son auténticos neuroblastomas, a la de las estructuras lemmocitomas bien distinta de los Schwanomas, a la constitución histológica de los pinealomas. . . Y, sobre todo, su obra cumbre, que la integran una larga serie de monografías y una magistral publicación en un tomo. Las primeras se refieren a la demostración, fundamentalmente importante en neuroanatomía, de que el llamado por el ilustre Cajal **tercer elemento** al que estimó como adendrítico aceptando el parecer de todos los que investigaron, desde Bevan-Lewis, Robertson y Nissl, hasta Bonome, Eisath y Achúcarro, presenta siempre prolongaciones protoplásmicas aunque escasas (oligodendroglía) y en relación estrecha con las fibras nerviosas, debiendo ser fisiológicamente considerado como las células de Schwann de los centros y ganglios nerviosos; y la revelación totalmente original (pues no debe identificarse con las llamadas por Cajal células en bastoncito encontradas en procesos patológicos por Nissl, Alzheimer, Perusini Da Fano, Rossi, Cerletti, Achúcarro y Gayarre) de la microglía, o células de Hortegea en todos los idiomas cultos, componente normal y constante de los centros nerviosos, cuya morfología, profusa distribución, reacciones fisiológicas y fisiopatológicas y procedencia mesoblástica —que echó

por tierra el concepto histogenético unitario ectoblástico de la urdimbre nerviosa—, estudió Río Hortega prolijamente.

Digamos ahora, contra todo lo que sobre ello se ha escrito, que la microglía no constituye el tercer elemento del tejido nervioso, sino el cuarto. A Río Hortega se debe, pues, el conocimiento exacto estructural y fisiológico de la oligodendroglía, o glía interfascicular y perineuronal de escasas radiaciones llamada por Cajal glía adendrítica o **tercer elemento**, y el descubrimiento y estudio integral de la mesoglia, microglía, células de Hortega o **cuarto elemento** de los centros nerviosos, que en modo alguno puede ser considerada como una variedad de la anterior.

Respecto de la segunda obra maestra a que antes aludí, es su hermoso tratado "Anatomía Microscópica de los Tumores del Sistema Nervioso Central y Periférico", tomo de 315 páginas, con 248 bellísimas microfotografías originales, y documentado con 748 referencias bibliográficas.

En todos los seis extensos capítulos de esta obra incomparable —tumores de los órganos anexos al cerebro, tumores del parénquima y del estroma nervioso, de las estructuras simpáticas, de los nervios periféricos, de las cubiertas encéfalo-medulares y de la hipófisis— constan trascendentales aportaciones, técnicas y doctrinales, de su ilustre autor.

El primer trabajo científico del Dr. Río Hortega fué publicado en Madrid en el año de 1909 y se refiere a la etiología y anatomía patológica de los neoplasmas encefálicos; el último debe a estas fechas haber visto la luz en la capital uruguaya, y ha de comprender trabajos sobre neoplasmas de la glándula pineal y de los nervios, sobre tipos histológicos de cicatrices cerebrales y sobre diferencias morfológicas y estructurales entre la neuroglía central y la periférica.

La primera conferencia científica dada por Río Hortega fué en la Universidad de Valladolid en noviembre del año 1903, y se tituló "El Medio Interno"; la última la pronunció en condiciones verdaderamente heroicas (es decir, gravemente enfermo, levantándose del lecho para darla y a él volviendo después) el día 21 de octubre de 1944 en la Facultad de Medicina de Montevideo. La denominó "Analogías y diferencias entre Schwannomas

y lemmocitomas" y fué ilustrada con considerable número de diapositivas microfotográficas. En la primera no empleó este material de demostración objetiva, sino grandes cartelones, como entonces lo hacía Cajal, con impresionantes dibujos a colores de todos los elementos morfológicos de la sangre y de la médula ósea.

Los últimos meses que vivió Río Horteiga fueron una dolorosa agonía. Impresiona angustiosamente el saber que aquellas agilísimas manos de taumaturgo que trocaban en encajes sutiles toscos fragmentos hepáticos o esplénicos, se negaron torpes, tumefactas, dolorosas, a obedecer a un cerebro pleno de lucidez.

Aquel débil pequeño cuerpo, sembrado de metástasis, agonizó cinco largos meses acribillado de lancinantes dolores que exigían dosis crecientes de analgésicos y de hipnóticos.

—"No encuentro alivio alguno; y sentiría tanto no morir en España..."—decía Río Horteiga antes de entrar en el Sanatorio del Dr. Gutiérrez, donde había de extinguirse aquella vida ejemplar.

En vano le rodearon de los más exquisitos cuidados el ilustre doctor don Avelino Gutiérrez, que paternalmente le amaba, su hermano León, su discípulo predilecto en la Argentina, Moisés Polak y, sobre todos, un amigo nobilísimo cuyo nombre estampo aquí con gratitud imborrable, Nicolás del Moral, hombre culto, inteligente, bondadoso y leal hasta límites inconcebibles, que desde muy largos años admiraba y amaba a Pío con el más puro y desinteresado afecto.

Si no las de España misma, tierras de Nueva España debieron guardar amorosamente los restos de Río Horteiga. Fué una diferencia de días, de muy cortos días en los apremios y angustias de la guerra, la que le obligó a embarcarse para Buenos Aires a organizar y dirigir el Laboratorio Histológico de la Institución Cultural Española, teniendo ya decidido ante instancias de Costero y mías y ante un generoso ofrecimiento del doctor Ignacio Chávez su viaje a México. Estaba en Oxford, en el Instituto Radcliffe, como jefe del servicio neuropatológico de la Cátedra de Neurocirugía del Profesor Hugh Cairn; análogo alto puesto había ocupado en París, en el Hospital de la Piedad, cerca del Profesor Clovis Vincent; honrosos refugios que brindaba Europa al ilustre Director del Ins-

tituto del Cáncer, de Madrid, de cuyo ensangrentado suelo habían de separarle para siempre sus honestas, viejas y firmes convicciones republicanas.

Río Hortega —corazón excelso que supo de negras ingratitudes, de injusticias nefandas y de torvas envidias, sin que ninguna de estas bajas pasiones lograrse despertar en tan nobles fibras una justiciera reacción de protesta— jamás fué avaro de su gloria y gustaba colaborar con jóvenes investigadores, con discípulos suyos. El mayor número de ellos goza ya de envidiable y merecido renombre. Citaré a Jiménez de Asúa y a Costero, a López Enríquez, Sacristán, Alvarez Cascos, Ortiz Picón y Pérez Lista, a Collado, Llombart, Sánchez Lucas, Alberca y Nieto, a Polak (uno de los últimos y más queridos discípulos), Prado, Zimman, Celener, Dowthat y Pardiñas, a Sverdlík, Aranovich, Lavilla, Pellegrini, Ojea... Dos de ellos, Costero (colaborador asiduo) y Nieto, incorporados a la Medicina mexicana en el campo de la docencia y la investigación, le honran con sus trabajos.

Nuestro sabio que conocía, aparte del nativo, cuatro idiomas: alemán, inglés, francés e italiano, publicó en castellano sus descubrimientos, lo que no impidió su divulgación mundial. Por excepción fué editada en otra lengua tal cual monografía, como la escrita en inglés con Penfield sobre el comportamiento de neuroglíocitos y de microglíocitos en la cicatriz cerebral, y la que publicó en francés la *Revue Neurologique*, de París, sobre el concepto histogénico, morfológico, fisiológico y fisiopatológico de la microglía.

A Río Hortega no le sedujeron nunca las labores docentes doctrinales o de cátedra; su espíritu tímido soslayaba enfrentarse con centenares de alumnos. Nunca hizo oposiciones; ni de joven, cuando el desconocimiento de su valer hubiera disculpado este requisito. Ciertamente, aceptó una cátedra en la Universidad de la Plata, pero se trataba de una conferencia semanal de histología superior, para graduados.

De su laboratorio en cambio, hizo un fecundo vivero de histólogos. Río Hortega tenía tiempo para todo, para la investigación y para la enseñanza. Aunque en ésta, su paciencia flaqueaba ante los importunos. Recuerdo un caso:

—Don Pío (preguntó reiteradamente un discípulo) ¿cuánto tiempo deben estar los cortes en este líquido?. Y Río Hortega, que

estaba ensimismado en una observación ardua, contestó al fin, secamente: —Ya lo sabe usted, de cinco minutos a veinticuatro horas.

Poco después, terminado su estudio y bondadosamente arrepentido de su desconcertante respuesta, se volvió al preguntón y le aclaró que la reacción aquella no podía tener un tiempo fijo, pues variaba con la naturaleza del tejido, espesor de los cortes, calidad de los reactivos, temperatura, etc., y que debía ser vigilada bajo el microscopio.

La fama de maestro de Río Hortega traspasó bien pronto las fronteras españolas, y a su lado completaron su formación investigadores extranjeros; principalmente de ambas Américas.

Requerido el Dr. Río Hortega para presentar sus puntos de vista sobre la enseñanza universitaria, escribió un sesudo artículo que publicó *El Sol*, de Madrid, el 10. de noviembre de 1931 y del que entresaco los cinco breves párrafos siguientes:

“Los profesores de la Universidad deberán serlo la jornada entera, permaneciendo en su servicio, sin otras preocupaciones, todo el tiempo necesario para enseñar, investigar y redactar sus trabajos científicos. La remuneración, huelga decirlo, ha de ser suficiente para que no aspiren a nuevos ingresos fuera de sus cátedras, ni se les consienta buscarlos.”

“Respecto a los estudiantes, que tanto saben ya pedir y tan poco han aprendido todavía de su verdadero papel, precisan cambiar radicalmente de conducta. Los aspirantes al aprobado fácil (la mayoría), no deben entrar en la futura Universidad, cuyas puertas han de abrirse de par en par sólo para quienes lleguen con propósito firme de trabajo.”

“La Universidad debe acoger maternalmente a todos los capacitados y otorgar la remuneración material y espiritual de becas copiosas a cuantos, sin recursos, quieran entregarse al noble servicio de la ciencia. Los vagos empedernidos, meros aspirantes a un título profesional, precisan ser eliminados.”

“El Estado debe dotar liberalmente a la Universidad, pero sus dineros no han de malgastarse. Por esto, aunque la Universidad sea gratuita, y esté abierta para todas las categorías sociales, en ella debe ingresarse previo examen de aptitud.”

“Para clasificarse como especialista habría de seguirse el correspon-

diente doctorado. Así se acabaría con la abusiva práctica de rotularse pediatra, oculista, radiólogo, etc., sin haber pasado por centro alguno de especialización."

Poseía Río Hortega extensa cultura, bien cimentada en los estudios preparatorios de su carrera y ampliada después con lecturas constantes. No poco contribuyeron al exquisito cultivo de su inteligencia los viajes realizados de joven a las grandes capitales europeas, donde siguió cursos de perfeccionamiento, y los que emprendió más tarde a capitales europeas y americanas cuando fué solicitado como profesor. Nunca le sedujo la poesía, pero sí la pintura y la música. Detestaba el género chico en el teatro, le atraía la comedia y le apasionaban la ópera y la alta coreografía. Hablaba y escribía con sobria elegancia un castellano purísimo como lo exigía su nativo solar; rara vez sobre temas que no fueran histiológicos.

De él son estos párrafos:

"El artista de ahora no quiere dar al espectador las formas tal y como son realmente, sino que prefiere esbozarlas en la justa medida para que sugieran una representación completa. Por esto, la pintura y la escultura moderna se fundan en el concepto de la suprarrealidad o, mejor dicho, de la irrealidad."

"Es posible triunfar por la técnica y por la estética, separadamente. Picasso, por ejemplo, con sus genialidades, triunfa por el sentido estético de sus creaciones pictóricas. Solana, en cambio, el goyesco Solana, triunfa por la técnica. Sus obras no tienen substancia estética, son repulsivas por su hiperrealismo trágico, que ahuyenta despavorido al espectador."

"Tan amalgamadas y confundidas están en la Histología las verdades de la ciencia y las bellezas del arte, que no puede saberse si el histólogo se apasiona por la ciencia o por su ropaje; por la belleza de la verdad, o por la verdad de la belleza."

"Imaginase que se hace ciencia cuando se describe con minuciosidad lo que se tiene ante los ojos que puede ser de la mayor novedad y trascendencia. Pero en realidad se hace ciencia cuando se interpreta lo que se ve y se escruta la esencia de los fenómenos... Cosa semejante ocurre en el arte. No basta ya descubrir minuciosamente con pinceles o palillos lo que se tiene enfrente, es preciso interpretarlo, darle enjundia. El artista, como el científico, debe buscar el alma de las cosas que es superior a la realidad plástica."

"Se puede ser entendido en música, en pintura y en escultura sin saber tañer un instrumento, sin haber pintado ni modelado jamás; pero no se puede ser un virtuoso de la Histología sin ser a la vez ejecutante. Por esto, los que no hacen técnica en los laboratorios y se la encomiendan a preparadores de rutina, con manos y médula, pero sin cerebro, nunca pueden ser buenos histólogos."

Dice Río Hortega hablando de la Histología:

"Es una ciencia respetable y respetada, que sirve, entre otras cosas de mayor enjuada, para dar prestancia a las demás de la Medicina. En todas las publicaciones que se estimen un poco se da a la histología el mejor puesto. En el banquete de la Medicina es un huésped de honor, que come poco, extraño y misterioso, al que todos escuchan y muy pocos entienden."

"La ciencia que esclarece la estructura de las células y de los tejidos tiene dos caras: la una severa, reflexiva y estática, que mira al lado metafísico; la otra, sonriente y dinámica, que mira al lado artístico."

"He de confesar que, si sólo tuviese la primera, con sus ideas abstrusas, sus quimeras y sus expresiones pedantes, yo no sería histólogo."

El Instituto Hispano-Mexicano de Intercambio Universitario, al que su ilustre primer presidente el Dr. don Alfonso Pruneda, Rector entonces de la Universidad Nacional, confirióle altísimo rango, ya que los intelectuales traídos de España recibían en México el honroso nombramiento de profesores extraordinarios de la Universidad, invitó al doctor Río Hortega para explicar un curso de tres meses —junio, julio, agosto— en el año 1930. Invitaciones análogas y para las mismas vacaciones de estío, le fueron hechas por las Universidades de Berlín, Munich y Friburgo y por el Undécimo Congreso Internacional de Neurología, quien le solicitó un trabajo de ponencia.

No dudó un momento. Un patriotismo de raza, un amplio y sagrado patriotismo hispanoamericano le llamaba del otro lado del mar y hasta nosotros vino, lleno de gratitud y de entusiasmo.

Dividió sus enseñanzas en dos cursos, uno de laboratorio y otro de conferencias. El primero fué limitado a quince alumnos, quienes se adiestraron en las técnicas de Río Hortega aplicadas a la histología normal y a la patológica; principalmente del sistema nervioso.

El segundo, de asistencia libre, se efectuó en el salón de actos de la Facultad de Medicina; constó de trece interesantes conferencias profusamente objetivadas con cautivadoras proyecciones y en las que con palabra docta y sencilla nos habló de la constitución histológica de la glándula pineal, de la estructura y valor fisiológico de la neuroglía astrocitaria, de la oligodendrogliá y de la microglía; de procesos inflamatorios, necrosis y reparación de los centros nerviosos; y de gliosis y gliomas.

Río Hortegea, por la afabilidad de su carácter y la sencillez en su trato, se hizo querer hondamente de profesores y de alumnos mexicanos. Entre los asistentes más asiduos a las labores de laboratorio, recuerdo a los doctores Martínez Báez, González Guzmán, Ochoterena, a los inolvidables Pallares y José I. González, a Villaseñor —que más tarde fué a España para seguir trabajando con Hortegea —a Salazar Viniegra, Sokoloff, Benítez Soto, Sampedro, Barrientos y Juan L. Soto.

Justo es recordar aquí a don Fernando Ocaranza, director entonces de la Facultad de Medicina quien —como también lo hiciera el director del Instituto de Biología doctor don Isaac Ochoterena— había reiteradamente expresado al Instituto la conveniencia de que Río Hortegea diera a conocer, personalmente, en México, sus originales y fecundas técnicas histológicas.

Como recompensa a su fecunda estancia en esta República, recibió, además del nombramiento de Profesor Extraordinario de la Universidad, el de Miembro de Honor de la Sociedad Mexicana de Biología, y de la Academia Nacional de Medicina, ante la cual disertó sobre epitelomas cutáneos.

A estos galardones sumaba Río Hortegea los de Doctor "Honoris Causa" de las Universidades de Oxford, de Montevideo y de la Plata; los de miembro honorario de las Academias de Medicina de Budapest, Buenos Aires y Lima y de las Sociedades de Biología de París y de Nueva York; la Vicepresidencia de la Comisión Internacional para el Estudio de los Tumores, la insignia de Oficial de la Legión de Honor, el premio Achúcarro (que alcanzó en 1919), y otras honrosas distinciones.

Un día escribió estas palabras: "El espíritu del investigador arde, sin consumirse, en una lámpara de tres llamas: la policroma

de la sensibilidad artística; la blanca, movible y luminosa de la inquietud por descubrir nuevas verdades; la azul, serena, en fin, cuyo vértice se eleva muy alto y busca la eternidad."

Hermano y maestro; se apagó la llama de las nuevas bellezas, se apagó la llama de las nuevas verdades, pero la llama azul de tu lámpara, la que llegaba a lo alto buscando la eternidad, lucirá para siempre, porque esa llama es la inmortalidad luminosa de tus descubrimientos científicos.